



BOLETÍN DEL CLERO DEL OBISPADO DE LEÓN

CARTA ENCÍCLICA

DE

NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII
A LOS OBISPOS, CLERO Y PUEBLO DE ITALIA

(CONCLUSIÓN)

Los católicos italianos, por lo mismo que son católicos, no pueden prescindir de querer que sean restituidas á su Cabeza Suprema la independendencia necesaria y la plenitud de la libertad verdadera y efectiva, que requieren indispensablemente la libertad é independendencia de la Iglesia Católica. Sobre este punto no cambiarán jamás sus sentimientos ni por amenazas ni por violencias: ellos sufrirán el actual orden de cosas; pero mientras éste tenga por fin la opresión del Pontificado y por causa la conspiración de todos los elementos sectarios y antirreligiosos, no podrán, sin violar sus más sagrados deberes, contribuir jamas á sostenerle con su adhesión y con su apoyo. Pedir á los católicos un concurso positivo en este sentido, sería pretensión irracional y absurda, porque no podrían obedecer las enseñanzas y preceptos de esta Silla Apostólica, sino antes bien deberían obrar en oposición á los mismos y apartarse de la conducta que observan los católicos de todas las demás naciones.

De aquí que la acción de los católicos italianos en el actual estado de cosas, permaneciendo extraña á la política, se concen-

tra en el campo social y religioso y se dirige á moralizar las poblaciones, hacerlas respetuosas para la Iglesia y su cabeza, alejarlas de los peligros del socialismo y de la anarquía, inculcarles la sumisión al principio de autoridad y aliviar finalmente la indigencia con las múltiples obras de la caridad cristiana. ¿Cómo, pues, pueden los católicos ser llamados enemigos de la patria, y confundirse con los partidos que atentan contra el orden y la seguridad del Estado?

Semejantes calumnias caen ante el solo buen sentido. Ellas se fundan en este solo concepto de que la suerte, la unidad y la prosperidad de la nación consisten en los hechos consumados, en perjuicio de la Santa Sede, hechos deplorados por hombres nada sospechosos, los cuales declararon abiertamente que era un inmenso error provocar conflictos contra aquella gran institución, que Dios colocó en medio de Italia y fué y será siempre su gloria principal é incomparable; institución prodigiosa, que domina la historia, y por la cual Italia llegó á ser la educadora fecunda de los pueblos, la cabeza y el corazón de la civilización cristiana. ¿De qué culpa, por tanto, son reos los católicos cuando desean el término del prolongado conflicto, fuente de grandísimos daños para Italia en el orden social, moral y político; cuando piden que sea escuchada la voz paterna de su Cabeza Suprema, que tantas veces ha reclamado las debidas reparaciones, mostrando los bienes incalculables que vendrían para Italia?

Los verdaderos enemigos de Italia deben buscarse en otra parte: entre aquellos, que, movidos por espíritu irreligioso y sectario y cerrado el ánimo á los males y peligros de la patria, rechazan toda verdadera y fecunda resolución del conflicto y procuran para sus reprobables fines hacerle cada vez más largo y acerbo. A estos y no á otros es preciso atribuir la dura disposición con que fueron heridas tan útiles asociaciones católicas; disposición que Nos duele profundamente por otro título de orden más elevado, que no mira solamente á los católicos italianos, sino también á los del mundo entero. Ella pone más en claro la condición penosa, precaria é intolerable, á que estamos sometidos. Si algunos hechos, en que los católicos no tuvieron parte alguna, bastaron para decretar la supresión de miles de obras benéficas y libres de toda culpa, no obstante las garantías

que les daban las leyes fundamentales del Estado, todos los hombres sensatos é imparciales comprenderán cual y cuanta podrá ser la eficacia de la seguridad dada por los poderes públicos á la libertad é independencia de nuestro Ministerio Apostólico. ¿Qué libertad es ciertamente la nuestra, cuando, después de despojárenos de la mayor parte de los antiguos medios morales y materiales, con que los siglos cristianos enriquecieron á la silla Apostólica y á la Iglesia en Italia, se Nos priva ahora también de los medios de la acción religiosa y social, que nuestra solicitud y el celo admirable del episcopado, del clero y de los fieles habían reunido para la tutela de la religión y en beneficio del pueblo italiano? ¿Cuál puede ser nuestra ilusoria libertad, cuando otra ocasión ó incidente cualquiera podría servir de pretexto para ir aún más allá en el camino de las violencias y de las arbitrariedades, y asestar nuevas y más profundas heridas á la Iglesia y á la religión?

Nos llamamos la atención sobre este estado de cosas á nuestros hijos de Italia y de otras naciones. A unos y otros decimos que si es grande nuestro dolor, no menor es nuestro valor, ni menor nuestra confianza en aquella Providencia, que gobierna el mundo y vela constante y amorosamente por la Iglesia, que se identifica con el Pontificado según la bella expresión de San Ambrosio: *ubi Petrus ibi Ecclesia*. Las dos son instituciones divinas, que sobrevivieron á todos los ultrajes y á todos los ataques y vieron inmóviles pasar los siglos y cobraron fuerza, energía y constancia en la misma desventura.

En cuanto a Nós no cesaremos de amar á esta bella y noble tierra en que nacimos, alegres de gastar los últimos restos de nuestras fuerzas para conservar el precioso tesoro de la religión y mantener a sus hijos en la honrosa esfera de la virtud y del deber, para aliviar sus miserias cuanto nos sea posible.

En esta nobilísima empresa estamos seguros, Venerables Hermanos, que nos prestareis eficaz concurso de vuestros cuidados y de vuestro esclarecido y constante celo. Continúa en la obra santa de avivar la piedad entre los fieles; de preservar las almas de los errores y seducciones, que las rodean por todos lados, y de consolar á los pobres y á los infelices por todos los medios que os sugiera la caridad. Vuestras fatigas no serán

jamás estériles cualesquiera que sean los sucesos y apreciaciones humanas, porque van dirigidas á fin más alto, que no son las cosas de acá abajo; y de todos mo los servirán, aunque sean combatidas ó inutilizadas, para librarnos de la responsabilidad de los daños, que, de impedir vuestro ministerio pastoral, podrían sobrevenir á Italia.

Y á vosotros, católicos italianos, objeto principal de nuestra solicitud y de nuestro afecto; á vosotros, blanco predilecto de más vejaciones por ser más cercanos á Nos y estar más próximos á esta Silla Apostólica; á vosotros sirvaos de consuelo y de aliento nuestra palabra y nuestra firme seguridad de que el Pontificado, así como en los siglos pasados fué en los graves y procelosos acontecimientos, guía, defensa y salvación del pueblo católico y especialmente de Italia, así también en el porvenir no faltará á la grande y saludable misión de defender y de reivindicar vuestros derechos, de asistir en vuestras dificultades y de amaros tanto más cuanto más escarnecidos y oprimidos fuéreis. Habéis dado, especialmente en los últimos tiempos, testimonio de abnegación y de celo en el bien obrar. No decaiga vuestro ánimo, sino más bien manteniéndoos rigurosamente como en el pasado dentro de los límites de la ley y plenamente sometidos á la dirección de vuestros pastores, proseguid con valor cristiano en los mismos propósitos. Y si encontrais en vuestro camino nuevas contradicciones y nuevas hostilidades, no os acobardeis: la bondad de vuestra causa aparecería entonces más luminosa, cuando los adversarios tuviesen que recurrir á semejantes armas para combatirla; y las pruebas que tendríais que sufrir, servirían para aumentar vuestro mérito delante de los hombres honrados, y lo que es más, delante del mismo Dios.

Entre tanto sea augurio de los celestiales favores y prenda de nuestro especialísimo afecto la bendición Apostólica, que desde lo íntimo del corazón os damos Venerables Hermanos, á vosotros, al Clero y al pueblo italiano.—Dado en Roma cerca de San Pedro, el 5 de Agosto de 1898, año vigésimo primero de nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.



Caracteres del verdadero patriotismo

En estos días, en que la voz *patriotismo* se halla en todos los labios y apenas se encuentra quien no haga fieros alardes de patriota, no será inoportuno entretenerse algunos momentos en aclarar, rectificar y explicar ideas que, aunque vulgares, están en la mente de la mayoría y aun de la casi totalidad de los que blasonan de discurrir, obscurecidas, envueltas en sombras y mezcladas con la levadura de torpes errores.

La noción del patriotismo es harto simple, y con una sola frase se expresa. El patriotismo es el amor á la patria.

Mas así como el amor en los que afirman que aman presenta matices que muchas veces indican no ser de buena ley, así el patriotismo en los que de él alardean se ofrece á nuestra vista frecuentemente con formas que lo hacen sospechoso y dan motivo á dudar de su realidad.

Los salvajes que vagan por los desiertos y matan á sus padres cuando, llegados á avanzada edad, conviérteseles la vida en carga penosa, dura de llevar para los que le rodean y para ellos mismos, imagínanse que realizan un acto de amor; pero ese amor no puede negarse que tiene mucho de bárbaro, de inculto, de fiero, que es, en una palabra, un mal entendido amor, ó un amor mentido, el cual nada se asemeja al amor cristiano de los hijos fieles que rodean el lecho de dolores del ser querido á quien deben la vida, luchando por disputar su presa á la muerte, y cuando otra cosa no les es dado conseguir, por alargar algunas horas ó algunos momentos siquiera una existencia para ellos preciosa.

A ese modo suele entenderse mal, muy mal, el amor á la Patria, siendo para algunos un amor puramente platónico, para otros un amor con mil reservas, límites y condiciones, un amor *hasta cierto punto*, y para no pocos un amor ciego, sin discreción, un amor de mero instinto.

Algunos hechos, que presenciarnos todos los días, bastarán á convencernos de las deficiencias de nuestro patriotismo.

¿Dónde se fabrican las telas, la mayoría de las telas con que nos vestimos? ¿En qué talleres se elaboran los artefactos que

constituyen el ornato de nuestro hogar? ¿Cuál es la forma de nuestro traje?

Paños, sedas, tejidos de toda especie vienen del extranjero, aunque las fabricas nacionales los produzcan tan buenos como los que proceden de allende el Pirineo ó allende el mar.

Los muebles y las mil baratijas que adornan los salones y dependencias de nuestros palacios y nuestras casas, productos extrarjeros son asimis no casi en su totalidad.

Vestimos, no á la española, sino á la francesa ó á la inglesa, aunque nos cueste este capricho andar ridículos llevando los caballeros, bien que sea de corta estatura, enormes levitones, inventados para tierras heladas, y las señoras sombreros gigantescos, á modo de torres de altas cúpulas donde anidan las cigüeñas, en vez de la mantilla tradicional, sencilla y elegante á un tiempo.

No sólo vestimos, hablamos á lo extranjero; pues además de usar en los escritos y en las conversaciones cien y cien palabras francesas ó inglesas, la construcción y la sintáxis castellanas vense frecuentemente suplantadas por la sintáxis y la construcción del otro lado de los montes, no conociéndose apenas ya la rotundidad y la gallardía del habla de nuestros padres.

Hasta con Dios nos entendemos disimulando ó encubriendo nuestra Patria, como si Dios gustase más de que se le hablase en cualquier idioma que en el nuestro; y hay quien reza la oracion dominical y el Ave María en francés ó en inglés mejor que en la lengua de Cervantes.

Educarse en un colegio español no es de buen tono: quédase eso para los humildes hijos del pueblo ó los de la clase media; los aristócratas y los opulentos envían sus pequeñuelos á Francia, Inglaterra ó Alemania, ó á lo menos á las casas docentes que existen entre nosotros, dirigidas por religiosos ó religiosas, muy respetables por cierto y muy dignos de estima, pero extranjeros: de donde resulta que salen de esos establecimientos jovenes muy elegantes, muy instruidos, mas que piensan y sienten en francés ó en inglés, que desprecian todo lo que es español y que aman más que á España, pueblo que juzgan de imbéciles é ignorantes á Francia, Inglaterra y Alemania..... que van á la cabeza de la cultura.

Rico es nuestro suelo y abundante en minas de cobre, de hierro y hasta de plata; mas ¿quién lo explota? Compañías extranjeras que se llevan el mineral que extraen de nuestros montes, y luego nos lo vuelven á traer transformado, con lo que obtienen doble ganancia; y Compañías extranjeras asimismo son las que se aprovechan de nuestras vías férreas; y en el extranjero se construyen nuestros buques de guerra, y aun los mercantes de mayor porte; y en suma, del extranjero nos hemos hecho tributarios en todos los órdenes, en todas las esferas y en todos los terrenos.

No parece sino que somos una nación de estúpidos ó de salvajes, que necesitamos, á causa de nuestra impotencia, que todo se nos dé..... desde el pan del cuerpo, que ha de ser francés ó de Viena, hasta el libro que alimenta el alma, y que ha de estar escrito en el idioma de Bossuet ó el de Kant; desde las telas en que nos envolvemos, que deben haberse tejido en Francia ó en Inglaterra, y hasta los hábitos y modo peculiar de ser de nuestro espíritu, los cuales deben asemejarse más que á los hombres de la Nación de Pelayo y de Felipe II, á los de los habitantes de París y de Londres; desde..... pero ¿á qué detenernos en probar lo que está á la vista de todos, porque notoria es la afición que tenemos á lo extranjero, la estima que de lo extranjero hacemos y el disgusto y el desprecio con que miramos lo que es puramente español?

¿Y son todas estas las notas del legítimo patriotismo?

No, ciertamente que no. Si verdaderamente amáramos á España, nos esforzaríamos por fomentar y proteger la riqueza nacional y las industrias que á su desarrollo contribuyen; y al efecto no sólo preferiríamos, en igualdad de circunstancias, los productos propios á los extranjeros, sino que aun siendo inferiores, por amor á la industria española nos serviríamos de ellos antes que de los venidos de extrañas regiones.

Ni nos contentaríamos con esto, sino trabajaríamos con empeño por que se creasen entre nosotros industrias nuevas, se explotase en beneficio nuestro la riqueza de nuestro suelo y se hiciese en España todo lo que hoy se hace fuera de nuestra tierra.

Educarían los padres á sus hijos á la española, y á la española se viviría.

No es esto pretender que nos encerremos, como ha estado encerrada hasta hace poco la China, tras impenetrables murallas, cortando toda comunicación con los demás pueblos..... No sería tal aspiración racional, ni aun cristiana y católica; que harto sabemos cómo el pensamiento y plan de Jesucristo, al dejarse ver entre los hombres, fué que cayeran los muros de separación que los dividían, ora fuesen esos muros montes y mares, ora hábitos, usos, preocupaciones, etc.; y que atados los hijos de Adán por el lazo de la caridad, se mirasen y se tratasen como hermanos, constituyendo una sola familia bajo la dependencia y la sombra de su común padre, Dios.

Por eso Jesucristo dirigió sus llamamientos, no á una nación ni á una raza determinada, sino á todos los mortales: *Venite ad me omnes*, dijo: Venid á mí todos. Por eso mandó á sus Apóstoles, no á los israelitas ó á los gentiles, no al Oriente ó al Occidente, sino á todas las naciones del orbe: *Euntes docete omnes gentes* Id y enseñad, exclamaba, á todos los pueblos. Por eso San Pablo, el gran teólogo, el comentador iluminado de la palabra y de la doctrina del divino Maestro, proclamaba regocijado que no hay ante Cristo distinción entre el hebreo y el pagano, entre el romano y el scita, entre el siervo y el libre, etc.

Y esta fraternidad, esta hermosa fraternidad, muy distinta de la fraternidad de la revolución y del filosofismo, pide como corolario que nos comuniquemos los hombres unos con otros y nos hagamos mutuamente partícipes de nuestros bienes, sean de la clase que sean; porque no sólo debemos ayudarnos en lo que se refiere á la vida material, sino que no hemos de ser avaros de nuestra ciencia, más pródigos de ella; ni tampoco hemos de guardarnos el tesoro de los tesoros, la religión; mas antes hemos de convertirnos en sus propagadores, para que la gracia sea, permítasenos decirlo así, herencia común de los descendientes de Adán, alumbrando su luz todos los horizontes, fecundando su calor todas las almas y dando jago su rocío á todos los corazones.

(Se continuará.)